

gidos? Porque estaban llenos de Jesucristo. Sus proyectos, sus trabajos, sus conversaciones, todo en ellos respiraba el espíritu de Jesucristo, sus miradas, sus palabras, su porte, las facultades de su alma, los sentidos de su cuerpo, todo estaba marcado en ellos con el espíritu de Jesucristo; todo llevaba su sagrada impresión. Al oírles, ó sólo al verles, parece que de su persona se desprendía una secreta virtud; como de la del Salvador, y que curaba las enfermedades espirituales: *Virtus de illo exibat, et sanabat omnes*. De todos ellos puede decirse lo que leemos de Santa Catalina de Sena, viva representación de Jesús crucificado: *Nemo ad eam accessit quin melior abierit*. Es necesario que la santidad del Hijo de Dios exista en mí para que yo pueda imprimirla en las demás. Cuanto más yo le sea semejante, tanto será más capaz de formar á las almas en su divina semejanza.

Por este doble interés de mi salvación y la del prójimo, debo pues, consagrarme á la imitación de Jesucristo. Quiero salvarme, quiero contribuir á la salvación de mis hermanos: ved el medio que me ha dado el mismo Salvador: *Veni, sequere me*.—Retorno sobre mí mismo.—Dolor de lo pasado.—Nueva resolución: *Magister, sequar te quocumque ieris* (1)— *Igitur, sicut portavimus imaginem terreni, portemus et imaginem celestis* (2).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La imitación de Jesucristo es indispensablemente necesaria para nuestra salvación*. Acabo de meditarlo. ¿Podré salvarme sin cumplir con las obligaciones esenciales del sacerdocio y del Cristianismo? Jesucristo es el primer nacido y cabeza de los escogidos. ¿Nos reconocerá como miembros y hermanos suyos si no estamos animados de su espíritu? La predestinación á la gloria supone la predestinación

(1) Matth., VIII, 19.  
(2) I. Cor., V, 49.

á la imitación del Salvador. En esto, pues, debe estribar mi seguridad ó mi temor.

PUNTO SEGUNDO.—*La imitación de Jesucristo es indispensable para aquel que quiere contribuir á la salvación del prójimo*. Jesucristo es el único Salvador; nosotros, Sacerdotes, nos salvamos por El según la participación que tengamos en su espíritu y en su vida. Es preciso que la santidad del Hijo de Dios exista en mí para que yo la pueda comunicar á los demás. Cuanto más me asemeje yo á El tanto mejor haré que las almas se asemejen al Divino Modelo.

MEDITACIÓN XI

*La imitación de Jesucristo.—Sus ventajas*

- I. Ella fija todas nuestras incertidumbres.
- II. Fortifica todas nuestras debilidades.
- III. Endulza todas nuestras penas.

PUNTO I

*La imitación de Jesucristo fija nuestras dudas é incertidumbres*

Para no engañarnos en la apreciación de un objeto que la obscuridad nos impide distinguir, lo acercamos á la luz. Para determinar el valor de un acto humano basta el compararlo con los ejemplos del Salvador. ¿No es El la luz que alumbra á todo el que viene á este mundo? (1). ¿No es la verdad misma? (2). «Yo estoy, Señor, en las tinieblas, dice el real profeta, ignoro en donde he de poner el pie para no caer en ningún lazo; pero vuestro Verbo, como lámpara divina, me dirige con su infalible claridad: *Lucerna pedibus meis Verbum tuum* (3). Esta lámpara,

(1) Joan., I, 9.  
(2) Joan., XIV, 6.  
(3) Ps., CXVIII, 105.

dice San Buenaventura, es una antorcha en un vaso de tierra. El vaso es la saata humanidad, la luz que brilla en él, su divinidad; la vida presente es el camino que recorreremos; las tinieblas que lo cubren son nuestras ignorancias (1). Andamos tan expuestos á confundir las apariencias con las realidades, tan propensos á juzgar con benignidad lo que halaga á nuestras pasiones!... ¿Cómo asegurarnos contra todo error? Siguiendo á Jesucristo que va delante de nosotros, y nos alumbrá con la celeste antorcha de sus virtudes. No es posible extraviarse siendo guiado por la sabiduría infinita: *Qui sequitur me non ambulat in tenebris*. Si me empeño en seguir la luz de la gracia que está en Jesucristo y que se desprende de sus ejemplos, llegaré con seguridad á la luz de la gloria y de la vida eterna: *Sed habebit lumen vite* (2).

Así como para convencer á mi espíritu y reducirlo á la obediencia de la fe, no hay nada más eficaz que esta máxima: *Unigenitus Filius, qui est in sinu Patris, ipse enarravit* (3). Así para mi gobierno y dirección nada hay que tenga más fuerza en mi voluntad que esta palabra del mismo Hijo de Dios: *Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci..., ita et vos faciatis* (4). ¡Preciosa seguridad! Ignoro con frecuencia qué partido debo tomar, ó me inquieto por el que ya he tomado. Hay un camino que parece recto, y que conduce no menos que otros á la muerte (5). Ten confianza, alma mía; no andarás nunca en esa funesta vía, al contrario, irás por la mejor de todas, con tal que seas fiel en seguir las huellas de Dios Salvador. Mi vida será santa y perfecta en la misma proporción en que sea conforme al modelo de toda santidad, de toda perfección.

(1) *Lucerna est lumen in testa; lumen in vase est divinitas, vita est via; tenebræ sum ignorantia.*

(2) Joan., VIII, 12.

(3) Ibid., I, 18.

(4) Ibid., XIII, 15.

(5) *Et via quæ videtur homini recta et novissima ejus ducunt ad mortem.* (Prov., XVI, 25.)

## PUNTO II

La imitación de Jesucristo fortalece todas nuestras debilidades

Si para evitar el mal y hacer el bien á veces nos falta luz, con más frecuencia aun nos faltan vigor y fortaleza. La imitación del Hombre-Dios es manantial abundante de ella, ya por el mismo ejemplo que se nos propone, ya por la gracia que acompaña á este ejemplo.

1.º Para sentirse atraído á practicar cualquiera acción noble, basta ser testigo de ella. Nunca le falta valor al soldado si combate cerca de un valiente capitán. Cuando Gedeón quiso excitar el ardor de sus guerreros, sólo necesitó darles ejemplo: «haced lo que me viereis hacer, les dijo, yo entraré en el campo enemigo, seguidme» (1). La Escritura añade que fué seguido de todos. Vió Simón Macabeo que sus tropas vacilaban en el paso de un torrente que le separaba del enemigo, se arroja en él á la cabeza de todos, y los demás lo atraviesan siguiéndole: *Et transfretavit primus, et viderunt eum viri, et transierunt post eum* (2). ¿Hay un solo cristiano, por débil que se le suponga, que, considerando cómo el Salvador ha vivido en la pobreza, en el desprecio y los sufrimientos, cómo ha sacrificado su honra y su vida para la salvación de nuestras almas, no se sienta movido de santa emulación, ó por lo menos no condene su cobardía? Por otra parte este ejemplo divino va siempre acompañado de socorros poderosos.

2.º Jesucristo es modelo viviente y vivificador. Al propio tiempo que hace brillar á nuestros ojos la luz de sus obras, y que nos atrae á imitarlas por la belleza de sus ejemplos, nos da la fuerza con su gracia. El es hombre, dice San Bernardo, y como tal

(1) Judic., VII, 17.

(2) I Mach., XVI, 6.

se halla revestido de mis necesidades, para que yo pueda ver en él los combates que he de librar ó sostener; pero también es Dios omnipotente para socorrerme y darme la victoria en la lucha: *Exemplum sumo ab homine, auxilium a potente*. Vayamos, pues, valerosamente por los senderos que ha querido trazarnos, y no temamos el desaliento: El es sostén de los que le siguen. Cuanto más cerca estemos del principio de nuestra fuerza, tanto más fuertes seremos nosotros mismos: *Quis potest laborare sequens Jesum, cum ipse dicat: Venite ad me, omnes qui laboratis? Si semper sequimur, numquam deficiemus; dat enim vires sequentibus se. Itaque quo propior virtuti fueris, eo fortior eris* (1).

Yendo una noche de riguroso invierno S. Wenceslao, rey de Bohemia, descalzo, para visitar al Santísimo Sacramento en los distintos santuarios de su capital, se quejó el que le acompañaba del excesivo frío que padecía. «Poned vuestros pies sobre las huellas de los míos le dijo el piadoso monarca, Dios permitirá tal vez que sintáis alivio.» Apenas le hubo obedecido el oficial, cuando un suave calor salido de la nieve que pisaba el Santo rey, se comunica á todo su cuerpo, por lo cual cesó la queja. Imagen conmovedora de lo que sucede con las almas generosas y confiadas que van en seguimiento del Salvador! Este buen Maestro, que quiso beber hasta las heces el cáliz de todos los sufrimientos, en favor nuestro, apenas ha dejado algunas gotas de amargura. Las espigas del camino ya desgarraron sus pies; para nosotros han perdido casi por completo la agudeza de sus puntas. En el solo hecho de esforzarme en imitarle, hago lo que más le agrada y le obligo en cierto modo á socorrerme, y yo con su gracia lo puedo todo. Y así sucede que por su ejemplo, El es la fortaleza de los mártires, la paciencia y la santificación de todos los Santos.

(1) S. Ambr., l. III, ep. XXV.

### PUNTO III

#### La imitación de Jesucristo suaviza nuestras penas

Nunca estamos solos en la tribulación y podemos decir del Hijo de Dios lo que El mismo dice de su fiel imitador: *Cum ipso sum in tribulatione*. Ha querido pasar por todo género de pruebas á fin de endulzar las nuestras. Tomó para sí la vida más dura, la más humillada y la más llena de contradicciones para que no quedase jamás en la nuestra momento tan penoso, ni trace tan amargo en que no pudiera decirnos: *«Exemplum dedi vobis....»* Lo que sufrís, ya lo he sufrido antes que vosotros, lo he sufrido más que vosotros, lo he sufrido por vosotros. ¿Sois pobres? Esa es cabalmente la condición que escogí y profesé entre otras. ¿Se os ha atacado en la honra? ¿Se respetó la mía acaso? Acordaos de mi silencio en medio de las calumnias y de los oprobios, mirad á vuestro Dios vestido con la túnica blanca en el tribunal de Herodes; contempladle sobre la Cruz. ¿Os abandonan vuestros amigos y parece que el Cielo mismo os desampara.....? También yo soporté todos esos martirios del Corazón. Mezclad vuestras lágrimas con las mías, y dejarán de ser tan amargas. Toda carga que se lleva entre dos se hace menos pesada. No es el discípulo más que su Maestro. ¿Querriais ser miembros delicados bajo una Cabeza coronada de espigas?» Esta profunda reflexión calma todos los dolores y hace encontrar la alegría en los sufrimientos.

La imitación de Jesucristo es pues, aquella verdadera piedad de que hablaba San Pablo: ella es útil para todo (1), juntando los consuelos presentes á la segura esperanza de la dicha eterna. ¿Cómo he podido olvidar hasta ahora una práctica tan esencial, tan suave y eficaz para conducirme á la

(1) *Pietas ad omnia utilis est, promissionem habens vite que nunc est, et futuree* (I Tim., IV, 8).

más perfecta santidad? Ya que me concedéis, Señor, entrar en el camino único que puede conducirme con seguridad á Vos, vida verdadera nuestra, quiero con el auxilio de vuestra gracia no apartarme jamás de él, y recorrerlo con afán. Quiero seguir á mi Salvador lo más cerca posible: grande será mi dicha si en la hora de la muerte mi conciencia puede darme este testimonio, á lo menos, para el corto número de días que me quedan: *Vestigia ejus secutus est pes meus viam eius custodivi, et non declinavi ex ea* (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La imitación de Jesucristo fija todas nuestras dudas.* Para fijar el valor de un acto humano, basta compararlo con los ejemplos del Salvador. Una acción es más ó menos perfecta según sea más ó menos conforme al modelo de toda perfección. No es posible estraviarse cuando se tiene por guía á la sabiduría infinita. ¡Preciosa seguridad! Sigo por el más seguro y el mejor de todos los caminos cuando voy sobre las huellas del Hijo de Dios.

PUNTO SEGUNDO.—*La imitación de Jesucristo fortifica todas nuestras debilidades,* ya por la belleza del ejemplo que nos ha dado, ya por la gracia que la acompaña. Delante de una acción noble, uno se siente enardecido. ¿Qué soldado carecería de valor cuando combate al lado de un valiente capitán? Al propio tiempo que Jesús nos impulsa á imitarle por la belleza de sus ejemplos, nos da la fortaleza con su gracia. Desde el instante en que me esfuerzo para imitarle hago aquello que más le agrada en el mundo y le obligo, en cierto modo, á que me auxilie.

PUNTO TERCERO.—*La imitación de Jesucristo suaviza todas nuestras penas.* Nunca nos hallamos solos en la tribulación. El Salvador eligió para sí la más dura existencia, la más probada, á fin de poder decirnos siempre y en cualesquiera situaciones, por afflictivas que fuesen: «Lo que vosotros sufrís, ya lo he sufrido yo antes que vosotros, por vosotros y

(2) Job, XXIII. 11.

más que vosotros. Mezclad con las mías vuestras lágrimas y no las encontraréis ya tan amargas.... Llevando entre dos la cruz, se hace menos pesada. ¿Querriais ser miembro delicado bajo una cabeza coronada de espinas?

MEDITACIÓN XII

*La imitación Jesucristo. Sus ventajas*

(Continuación)

- I. Ella santifica todas nuestras acciones y perfecciona todas nuestras virtudes.
- II. Llena todos los designios de Dios sobre nosotros.

PUNTO I

*La imitación de Jesucristo da la santidad á todas nuestras acciones y la perfección á todas nuestras virtudes*

1.º Entendemos aquí por acciones las diferentes operaciones del alma, ya sea que se manifiesten al exterior, ya sea que se mantengan ocultas en nosotros y sean puramente interiores. ¿De dónde sacan principalmente su mérito y santidad? Del fin que nos proponemos y del principio que opera en nosotros cuando las hacemos. En efecto ¿puedo proponerme algo que no sea bueno y perfecto cuando me aplico á imitar el modelo infinitamente completo de toda perfección y bondad? Si yo me uno á las intenciones de Jesucristo haciéndolas mías como debe hacerlo todo imitador suyo ¿dejaré de tener las intenciones más perfectas? ¿Qué buscaba El en todo sino la gloria, y la mayor gloria de Dios por la santificación y la salvación de las almas? ¡Oh! qué tesoro de mérito me reportaría pronto la costumbre de repetir con fe, en cada

una de mis acciones, lo que digo al principio del Oficio Divino: *Domine, in unione illius divinae intentionis!* Yo me asocio, Señor, á las intenciones tan puras y fervorosas que os animaban, cuando ofrecíais á vuestro Padre el tributo de vuestras alabanzas, cuando conversábais con los hombres..... en todas vuestras ocupaciones, aun en el cuidado de vuestro cuerpo. No quiero tener en todas las cosas otras miras que no sean las vuestras.

Además, si procuro á todo trance imitar al Salvador, procedo como verdadero cristiano; pues eso es precisamente lo que constituye la vida cristiana que no es otra que la vida de Jesucristo en nosotros. El espíritu de Jesucristo tuvo dos cuerpos que vivificar: el que tomó en el seno de la Virgen gloriosa, y el que conquistó rescatándonos por su muerte: su cuerpo natural y su cuerpo místico, la Iglesia. Este divino espíritu ha sido en el Salvador el principio de dos vidas: la una que se terminó sobre el leño de la Cruz, la otra que se perpetúa en nosotros. No pudiendo sufrir ni merecer más en su propia persona, quiere glorificar á su Padre hasta la consumación de los siglos por las acciones santas y los sufrimientos de sus miembros.

A decir verdad, la vida del cristiano no es pues, sino la extensión de la vida de Jesucristo. Yo continúo su oración cuando oro, su vida laboriosa cuando trabajo, y cuando sufro, su vida de sufrimientos; es pues, el Salvador mismo quien piensa, habla, opera y sufre en mí, cuando soy dócil al movimiento y á la inspiración de su espíritu: *Vivit in me Christus*; Así explica San Cayetano esta palabra del Apóstol: *Actiones vitales meae, intelligere, cogitare, amare, delectari, tristari, cupere, operari, jam non sunt meae, jam non procedunt a me; sed sunt Christi in me, sed procedunt a Christo in me.* Jesús está en mí en cierta manera del mismo modo que su divinidad obraba en su humanidad (1).

(1) *Ego in eis et tu in me.....*(Joan., XVII, 23). *Pater usque modo operatur et ego operor* (Joan., V, 17).

¡Qué excelencia, qué precio diera este adorable principio á mis acciones, aun á las más comunes, si yo le permitiese usar libremente de mi inteligencia, de mi memoria, de mi voluntad, de mis sentidos y en una palabra, gobernar mi vida! Hasta el instrumento más imperfecto producirá siempre obras acabadas con tal que no oponga resistencia alguna al divino Artista que lo emplea. ¿Hay por ventura acción alguna en la que Dios ponga la mano y no resulte de un mérito infinito?

2.º Lo que es verdad para nuestras acciones lo es también para nuestras virtudes. Si ellas son modeladas, en cierto modo, sobre las del Hijo de Dios, si toman todas sus formas, si su espíritu es el alma de ellas... nada dejarán que desear. Quiere San Gregorio Nacianceno que la santidad sacerdotal sea semejante al oro puro que ha pasado muchas veces por el crisol, y que, visto por todos sus lados, mirando y remirando en todo sentido, no deja entrever ningún defecto, no da sonido que sea dudoso, ó que revele la menor mezcla. Llegaremos á este grado de perfección por elevado que sea, si, empeñándonos en imitar al Salvador y en adquirir sus virtudes, logramos ser fieles imágenes suyas.

## PUNTO II

La imitación de Jesucristo llena todos los designios de Dios sobre nosotros

¡Destino sublime el del hombre! Dios quiere que tengamos con El una triple semejanza de naturaleza: *Creavit Deus hominem ad imaginem suam* (1); de virtudes: *Estote misericordes..... estote perfecti, sicut et Pater vester caelestis perfectus est* (2); de gloria y de felicidad: *Cum apparuerit, similes ei erimus* (3). Dios

(1) Gen., I, 27.

(2) Matth., V.

(3) I Joan., III, 2.

nos da la primera y última de estas tres semejanzas; con su gracia concurrimos á formar en nosotros la segunda: *Si similis Deo fieri cupis, videndo eum sicuti est, da operam ut ei similis fias, videndo eum sicuti pro te factus est; ac ita, per imitationem sacræ humanitatis, ad similitudinem venies summæ divinitatis* (1).

El Verbo hecho carne vino á mostrarnos en su persona cómo vive y obra Dios para que traslademos á nosotros esa vida y esa acción, de donde resulta en un sentido verdadero que la imitación de Jesucristo es la divinización del hombre. Si alguno, dice San Clemente de Alejandría se pone bajo la dirección de un labrador y pide ser enseñado por él, llegará á ser un labrador como él; si se dirige á un guerrero, á un comerciante, á un filósofo, á un orador, con cada uno de estos maestros llegará á ser lo que es cada uno de ellos; si se hace discípulo del Salvador, será semejante al Dios Salvador aun viviendo y conversando con los hombres. Tal es el fin de todas las gracias que recibimos; todo el trabajo del Espíritu Santo en nosotros tiende únicamente á formar allí á Jesucristo: *Donec formetur Christus in vobis* (2).

Estó para el simple cristiano; pero el Señor tiene mayores designios para con sus ministros. El sacerdote es un Dios, dice San Gregorio Nacianceno, y su misión es el transformar en dioses á los demás hombres, *Deum existentem, et deos efficientem*. Divinizamos á nuestros hermanos, haciéndolos participar del espíritu y de la vida de Dios que está en Jesucristo. Si nosotros mismos poseemos más abundantemente este espíritu y esta vida, más aptos seremos para comunicarla. Y por lo mismo este buen Maestro desea tanto que seamos sus perfectos imitadores. A la invitación general que había hecho á todos sus discípulos, añade una particular para nosotros, y la hace más apremiante por el urgente motivo de la salvación de nuestros hermanos: *Venite post*

(1) San Bernardo.  
(2) Gal., IV, 19

*me, et faciam vos fieri piscatores hominum* (1). Nuestros resultados en esta pesca espiritual dependerán de nuestra fidelidad en seguirle. *El que vive en Mí y Yo en él, este dará mucho fruto* (2); luego lo que nos une al Salvador del modo más estrecho, lo que hace de nuestra vida y de la suya una sola é idéntica vida, es nuestro empeño en imitarle.

Recojamos como en un foco de luz las diversas consideraciones que hemos hecho sobre la imitación de Jesucristo. Ella es para nosotros necesaria con necesidad de medio. Estamos rigurosamente obligados á ella como cristianos, puesto que ella sintetiza todo el espíritu del Cristianismo; más obligados aún como sacerdotes, porque todos nuestros títulos, todas nuestras funciones nos la imponen como deber indispensable. Sin ella no podemos llegar al término dichoso de la salvación, ni conducir hacia él á las almas; con ella, por el contrario, nos es muy fácil llenar este doble fin. Verdad para nuestra inteligencia, fuerza para nuestra voluntad, consuelo en nuestras penas, santificadas todas nuestras acciones, nuestras virtudes todas levantadas hasta la más sublime perfección, todos los designios de Dios sobre nosotros plenamente realizados: hé aquí lo que encontraremos en esta práctica esencial y saludable.

¡Oh Jesús, en qué engaño he vivido hasta ahora sobre este punto capital! Lo reconozco avergonzado, por no haberle dado la importancia suprema que merece. Hacía profesión de enseñar el Cristianismo, olvidándome de que en él se funda íntegra y totalmente vuestra imitación! Quería salvar á las almas sin pensar siquiera en llevarlas sobre las huellas de Aquel que vino del Cielo para abrirnos el camino de la salvación. Me brindaba yo por guía y yo mismo no seguía, ó seguía únicamente de lejos á Aquel que es *el camino, la verdad y la vida!*

¿Qué otro fin, sin embargo, os proponéis, adorable Salvador, alimentándome todos los días con Vos

(1) Matth., IV, 19.  
(2) Joan., XV, 5.

mismo, sino el trocarme en Vos, el de haceros visible en vuestro indigno representante, y ofrecer á la consideración de todos, la paciencia, la dulzura, todas las virtudes de que fuisteis perfectísimo modelo? ¡Oh, qué mal he secundado los designios de vuestra ardiente caridad! Pero ya está resuelto: vuelto á consagrarme enteramente á la fiel observancia de vuestros ejemplos, y para transformarme en Vos, me entrego a vuestro espíritu. Venid ¡oh Jesús! permaneced en mi alma para realizar en ella y por mi ministerio en la de mis hermanos los misericordiosos designios de vuestro amor. *O Jesu, vivens in Maria, veni et vive in famulis tuis.*

#### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La imitación de Jesucristo da la santidad y el mérito á todas nuestras acciones y la perfección á todas nuestras virtudes.* Si yo me asocio á las intenciones de Jesucristo, tomándolas por mías, como debe hacer un imitador suyo, jamás las podré tener mejores. ¿Qué buscaba él en todo sino la mayor gloria de Dios? Cuando me consagro á imitar á Jesucristo, yo vivo de su propia vida. El mismo espíritu que animaba sus acciones animará las mías. Es El mismo que piensa, habla, opera y sufre en mí.... ¿Qué excelencia, qué precio, qué perfección daría este adorable principio á todas mis acciones, aun á las más comunes si yo le permitiese usar libremente de todas mis facultades, y gobernar mi vida! Y pasa con mis virtudes lo propio que con mis acciones. Si van modeladas sobre las de Nuestro Señor.... si su espíritu es el alma de ellas.... ya nada dejarán qué desear.

PUNTO SEGUNDO.—*La imitación de Jesucristo llena todos los designios de Dios sobre nosotros.* Dios quiere que tengamos con él tres semejanzas: de naturaleza, de santidad, y de bienaventuranza. El nos da la primera y la última; nuestra cooperación á su gracia forma en nosotros la segunda. El Verbo hecho carne vino á hacernos visibles las acciones y la vida de Dios, á fin de que podamos imitarlas. Las dife-

rentes gracias que recibimos tienden á producir en nosotros esa feliz semejanza. Todo el trabajo del Espíritu Santo en nuestras almas no tiene otro objeto que el de formar en ellas á Jesucristo. Venid ¡oh Dios mio! vivid en mí, para cumplir todas las misericordiosas miras de vuestro amor.

#### MEDITACIÓN XIII

*La imitación de Jesucristo. Desprendimiento que exige*

- I. Es necesario dejarlo todo para seguir á Jesucristo.
- II. Con dejarlo todo no se pierde nada.
- III. Antes bien se gana todo.

#### PUNTO I

*Es necesario dejarlo todo y dejarse á sí mismo para seguir á Jesucristo*

El Salvador ha puesto terminantemente esta condición á todo el que quiera entregársele como discípulo suyo. *Dicebat autem ad omnes: Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam quotidie, et sequatur me (1). Si quis venit ad me et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus (2). Qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus (3).* Es preciso ir libre de todo estorbo, de toda carga, para seguir á un guía que corre á pasos de gigante: *Exsultavit sicut gigas ad currendam viam, nec currentem sequi potes oneratus (4).* Cualquiera afición

(1) Luc., IX, 23.

(2) Luc., XIV, 26.

(3) Luc., XIV, 83.

(4) San Bernardo, Declam., c.